

DOS ESTADOS DE UNA NACION: ALEMANIA

El sueño de todo político es hacer y no hacer una cosa al mismo tiempo. A veces, algunos genios lo consiguen, gracias a ciertos juegos de espejos y de palabras. El sueño de Willy Brandt sería el de tener relaciones completas con la República Democrática de Alemania y, al mismo tiempo, no tenerlas. Más o menos, Walter Ulbricht alberga el mismo sueño con respecto a la República Federal. El hallazgo lingüístico de Willy Brandt en el «Libro Blanco» que ha presentado al Bundestag (Cámara Baja), al pronunciar el discurso sobre el Estado de la Unión (fórmula tomada de los Estados Unidos), es el de que existe «una sola nación alemana formada por dos Estados», no es de su propiedad. Lo había formulado ya su connacional jefe del otro Estado, Walter Ulbricht, cuando propuso una «confederación alemana de dos Estados diferentes». Los dos «hermanos enemigos» están más o menos obsesionados por los mismos temas. La frase, sin embargo, tiene precedentes ilustres, clásicos. No hay que olvidar que la unidad alemana tiene menos de un siglo. Procede de Bismarck. En 1803, la nación alemana estaba dividida en 112 Estados. Había reinos, como Baviera y Wurtemberg; grandes ducados, principados. La Confederación del Rin estaba formada por 16 principados independientes. Que hoy esté dividida en sólo dos Estados parece un progreso notable. Ciertamente, ha aparecido recientemente como un solo bloque, como un Imperio. Habría que recordar a Günther Grass, que, hace unos años, escribía que «Alemania ha sido pocas veces un solo bloque unitario nacional y, cuando lo ha sido, fue por la fuerza». O para ejercer la fuerza, podríamos añadir.

Pero esa necesidad de buscar la «nación» aparte de los «Estados», que ahora sienten Ulbricht y Brandt —al mismo tiempo que no la sienten—, era antigua. Era un movimiento principalmente intelectual. Estaba ya presente en el «Sturm und Drang», el movimiento declochesco que tomó su nombre de un drama de Klinger. Goethe y Herden hablaban con fervor del «alma nacional». Más tarde, Fichte, en su «Discurso a la nación alemana», hablaba ya del germanismo como «la verdadera moral, la verdadera cultura». Esta posesión de la verdad estaba ya presente en el «Sturm und Drang», que se manifestaba directamente contrario a los principios emitidos por la Revolución francesa, ampliamente difundidos por el mundo. Los germanos pretendían que la «libertad de los sentimientos está por encima de la razón», como correspondía a buenos románticos y a enemigos del «Siglo de las Luces»: esta «libertad de sentimientos» podría encontrarse en el pasado de Alemania, en el «espontaneísmo del genio original». Lessing luchaba contra la cultura francesa. Arndt lo elevaba ya a categoría de religión: «Ser un pueblo: ésta es la religión de nuestra época». Jahn lo derivaba

hacia una fórmula que podría parecer curiosa, la práctica de la gimnasia en común: quien recuerde la obsesión deportiva y los ejercicios paramilitares y paramilitares de las Juventudes Hitlerianas verá que esta recomendación no cayó en saco roto, como ninguna de las otras.

El nacionalismo romántico, con la base germánica (llamada, luego, aria) como religión, con su concepción medieval corporativa, con su oposición a la «decadencia francesa» surgida de la Revolución, ha dado mucho juego en nuestro tiempo. Aquellos precursores intelectuales veían ya una «nación» alemana por encima de los Estados. Nación como «alma». Más concretamente, nación como idioma común, como tradiciones comunes. En un sentido que ya definió Renan a fines del XIX: «Una nación es un alma, un principio espiritual». Los dos elementos de la nación, según Renan, eran éstos: «Uno es la posesión en común de un legado rico de recuerdos, el otro es el consentimiento actual, el deseo de vivir juntos, la voluntad de continuar sosteniendo la herencia que se ha recibido indivisa».

Brandt prefiere soslayar como puede esta última parte de la exacta definición de Renan. No le interesa, por el momento. El hecho es que ha renunciado, está renunciando, al principio de la reunificación de las dos Alemanias, que ha sido sacrosanto en la larga época de la llamada democracia cristiana (Adenauer-Erhard-Kiesinger) y que hoy mismo, en el Bundestag, esta facción política no ha podido mantener. Nada impide ya, en estos momentos, que los dos Estados de la misma nación inicien las conversaciones para lo que Brandt ha llamado «un tratado general». El matiz en que el canciller alemán ha situado la cuestión es éste: si los dos Estados alemanes no pueden considerarse más que como partes distintas de una misma nación, no pueden ni deben tener relaciones diplomáticas con arreglo al derecho internacional. No hay internacionalismo dentro de una misma nación. Sobre esta tesis, Brandt ha tenido unos expresivos silencios de explicación. En su discurso no ha insistido más en que la República Federal es la única representante de toda Alemania. No ha insistido en que el objetivo principal de la política de su país y de su Gobierno está en la reunificación. No ha hablado de un tratado de paz como base para el reconocimiento de la frontera Oder-Neisse. Todo puede contenerse en la frase no pronunciada nunca, pero escrita en el «Libro Blanco»: «La nación alemana vive en dos Estados dentro de las fronteras actuales del año 1970». «Demasiado vago, demasiado nebuloso», ha dicho su enemigo político, Strauss. Ha acusado a Brandt de que su política se construye sobre «arenas movedizas». La de todos los políticos. Es el problema que quedar hacer y no hacer al mismo tiempo. Sin embargo, discurso y «Libro Blanco», debate en el Bundestag, silencios del canciller Brandt, editoriales en los periódicos, todo ello ha sido analizado, digerido y estimado en la República Democrática, y aceptado en principio.

Ulbricht celebró una conferencia de prensa el 19 de enero y ha declarado que estaba dispuesto a iniciar negociaciones



El nuevo Leipzig. La R. D. A. es la segunda potencia económica del mundo comunista.

Foto: Klaus Morgen, G. P. v. Z.

EN PUNTO

inmediatas a partir de la base de un tratado de no agresión, que podría convertirse en el «tratado general» que pretende Willy Brandt. Se ha reafirmado, sin embargo, en sus puntos fijos: las relaciones continuas entre los dos países han de ser realizadas por vía diplomática, la reunificación de los dos Estados no podrá tratarse mientras la República Federal siga perteneciendo a la OTAN, el sector occidental no pertenece ni ha pertenecido nunca a la República Federal. Apenas habían pasado tres horas de la conferencia de prensa, cuando el portavoz oficial del otro Estado, del Gobierno de Bonn, señalaba los aspectos positivos de lo dicho por Ulbricht: esto es, que la conferencia es posible, que el tratado puede llegar a buen fin. No sin introducir, naturalmente, las reservas correspondientes: Ulbricht es un «viejo militante de la guerra fría», no hay que «hacerse ilusiones», etcétera. Pero, según toda probabilidad, uno de estos días, Willy Brandt enviará una carta al Gobierno de la R. D. A. para proponer una negociación «sin condiciones previas». No hace falta estipular, probablemente, esas condiciones previas para comprender que, al cabo de veinticinco años de terminada la guerra y de sostener un irredentismo con respecto al otro Estado y a las fronteras exteriores, Alemania Occidental renuncia por primera vez a la reunificación como eje de su política interior y la sustituye abiertamente por una política de «apertura al Este». No hay apertura al Este posible para Alemania Federal sin pasar antes por un acuerdo de principio con la Alemania Democrática —sus negociaciones con la URSS, con Polonia y con Checoslovaquia están llevadas a ritmo lento, hasta que se cumpla esa condición previa— y no hay posibilidad de «seguridad europea» mientras los dos Estados de la nación alemana —adoptemos la nueva terminología, hasta que aparezca otra— encuentren un «modus vivendi» que relaje las tensiones.

Sería inútil pensar que este movimiento de aproximación de los dos Estados y este cambio inevitable en sus mentalidades es un movimiento efusivo, es una espontaneidad del alma alemana. Es una circunstancia impuesta desde fuera. Alemania pudo haber sido reunificada al terminar la guerra sobre la base de la neutralidad, como lo fue Austria. La división de Austria se hizo como la de Alemania, Viena tuvo sus cuatro sectores como Berlín. Duró diez años. El canciller Raab consiguió eliminar la ocupación por el Tratado de Estado de 15 de mayo de 1955, que ofrecía reparaciones económicas y neutralidad voluntaria. Pero Alemania Federal, con Adenauer, no aceptó jamás la neutralidad, ni voluntaria ni impuesta —aún ha firmado, a regañadientes, ya con el gobierno Brandt, la renuncia condicionada y reservada al arma atómica—, y aunque la hubiese aceptado no la hubiera podido imponer, porque era una pieza esencial en la guerra fría. Ahora es una pieza esencial en la paz de la coexistencia. Es importante para los Estados Unidos en función de sus conversaciones con la URSS, de los proyectos de reducción de armamentos y de su filijación asiática. Lo es para la URSS en cuanto a necesidad de tener cubierta la retaguardia europea para poder maniobrar en China y, como condición previa para ello, celebrar la conferencia de seguridad europea en Helsinki, y entrar en nuevas relaciones con los países europeos. Por otra parte, no parece que nadie haya deseado nunca sinceramente que Alemania estuviera unida de nuevo, a pesar de las sonoras, llamativas y a veces plañideras quejas de los políticos occidentales. La intransigencia de la URSS, la de Ulbricht, la tosca política de muro de Berlín, ha servido a los occidentales para no tener que hacer ellos movimientos semejantes, e incluso para prometer oficialmente a Bonn todo su apoyo para una reunificación que no deseaban. No olvidemos que si Alemania Federal es una de las primeras potencias económicas e industriales del mundo occidental, Alemania Democrática es la segunda en el mundo comunista —después de la URSS— y entre las potencias económicas del mundo entero ocupa el décimo lugar. La reunificación de los dos Estados, si fuese posible, proporcionaría un país inquietante para todos sus vecinos en el terreno de la concurrencia económica. Sin hablar de la amenaza militar que Alemania, mientras ha sido un solo Estado, ha ejercido y desplomado sobre la tantas veces desgraciada Europa.

TELEX-TELEX-TELEX-TELEX



● A cuatro meses de las elecciones en la República Dominicana, se suceden alarmantemente los atentados políticos. En Barahona —al Oeste del país— se ha registrado la séptima víctima en dos semanas: Jorge Nin, dirigente de un partido de izquierda. Se ha acusado a las autoridades de organizar un «pelotón de la muerte» para suprimir a los adversarios políticos.

● La delegación del Gobierno Provisional Revolucionario de Vietnam del Sur en la Conferencia de París ha dado a la publicidad una lista nominativa de víctimas de la matanza de Son My. La lista comporta 243 nombres y se especifica edad y parentesco con las otras víctimas. Otra lista, completando la anterior, se publicará en breve.

● «El pueblo alemán y su Gobierno están dispuestos a hacer sacrificios y a preparar nuevos caminos para conseguir un orden pacífico en Europa y en el mundo», declaró, en el transcurso de una recepción, el Presidente de la República Federal de Alemania, Gustav Heinemann.

● Nuevos ataques del diario oficial soviético «Pravda» al filósofo comunista francés Roger Garaudy. Se le acusa esta vez de «oportunistas de derechas» y de «intentar dar la impresión de que los países que edifican el socialismo pueden presentar diferentes modelos, a los que se puede admitir o rechazar».

● «No es cierto que exista hambre en Biafra, y las informaciones que he recogido en Lagos son muy distintas a las que han sido publicadas», declaró a su llegada a París el secretario general de la ONU, U Thant, después de su viaje a Nigeria, en el que se entrevistó con el general Govon.

● Al tiempo que crecen las víctimas de combatientes en la guerra vietnamita —33 por 100 más en las filas americanas respecto a la semana anterior—, el secretario de Defensa, Melvin Laird, anunció que los efectivos norteamericanos serían reducidos en 300.000 de aquí a finales de junio.

● Auspiciada por trece importantes periódicos de Argentina, Brasil, Chile, Perú, Colombia, Venezuela, Ecuador y Méjico, se ha anunciado la creación de una nueva agencia de prensa latinoamericana: la «Latin». Propósito: «Proteger y acelerar la integración de América Latina a través de sus medios de comunicación de masas».

● De acuerdo con una información publicada en la revista norteamericana «Aviation Week», al laser se le podría buscar aplicaciones militares y ser utilizado, principalmente, para destruir carros de combate, aviones y proyectiles dirigidos.

● La prensa ateniense ha especulado estos días con la posibilidad de que el Presidente Makarios haya realizado gestiones como mediador entre el Gobierno griego y el Rey Constantino. Motivo: la prolongada visita que realizó Makarios al Rey Constantino en Roma.

● Al cabo de su primer año como Presidente, Richard Nixon —según el resultado de una encuesta— cuenta con el apoyo del 62 por 100 de los norteamericanos, inferior en un 10 por 100 al que recibieron los anteriores Presidentes.



X-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX